

manera de contemplarla y la sensación de que una delicadeza demasiado concienzuda era fuente de calamidades y desorden.

Luis XIV. Su pompa. Sus guerras. Sus malas costumbres. Sus austeridades religiosas. Todo convencional —a fin de cuentas, todo facticio.

En el siglo XVII la literatura no tenía otra meta que su perfección. En el siglo XVIII, un medio; su perfección, un accesorio.

Todas las instituciones del siglo XVIII contra la tendencia de las ideas. Parlamento. Nobleza. Clero.

Decadencia actual. Poemas descriptivos.

América es un extremo Occidente

Jean Meyer

A raíz de la publicación de Jorge Vértiz (ensayo fotográfico), Alfonso Alfaro (texto), *Moros y cristianos. Una batalla cósmica*, México, Libros de la Espiral, revista *Artes de México*, 2001, 128 pp., Jean Meyer escribió esta interesante reflexión en torno al origen de nuestras fiestas.

A finales de agosto, alrededor de la celebración litúrgica de la Degollación de San Juan Bautista, los miembros de la cofradía de dicho santo se reúnen durante cuatro días y tres noches en las Lomas de Bracho, en las afueras de la ciudad de Zacatecas. Diez mil personas participan en una celebración multitudinaria conocida como la “morisma”, en la cual se entrelazan temas evangélicos y guerras de moros y cristianos.

No cabe duda, América es un extremo Occidente. En Zacatecas pervive, no como arcaísmo, no como belleza muerta puesto que crece, cambia, inventa, una cultura, una literatura no forzosamente escrita, que surgió hace más de mil años alrededor de la figura mítica del emperador Carlo Magno, el de la barba florida, y con el encuentro bélico del Islam y de la Cristiandad, entre el siglo octavo y el XVI. El ciclo de las epopeyas carolingias es sólo comparable, en importancia, al conjunto de leyendas célticas alrededor del rey Arturo, Carlo Magno y los doce Pares de Francia, el rey Arturo y los Caballeros de la Mesa Redonda... Nuestra América, siendo más mediterránea que nórdica, heredó, conservó, transmutó el aliento de la Francia medieval de manera que lo respiramos desde Líbano y Sicilia hasta Brasil y México.

Alrededor de San Juan Bautista, víctima de los malvados, enterrado en Damasco, en lo que es hoy la gran mezquita de los Ummayas (el Islam respetó su tumba de manera que el papa Juan Pablo II pudo visitarla el año pasado), giran tres ciclos representados en Bracho: la degollación del Bautista, primo de Nuestro Señor, la batalla legenda-



Es una fantástica carambola de los tiempos. Viene luego el tercer episodio, con fecha de 1571, el de la lucha de España contra sus moros (Granada y la Sierra Morena) y contra los turcos: la batalla de Lepanto. En ese encuentro soberbio, donde Juan el Precursor no deja nunca de ser presente (se pelean sus reliquias, su tumba en los episodios segundo y tercero), aparecen elementos del siglo XIX mexicano, los uniformes vistosos de los zuavos (traje de origen turco) y de los zapadores de la intervención francesa (1861-1867) en México.

ria de Roncesvalles en la cual intervienen Rolando y su tío el emperador Carlo Magno; la batalla histórica de Lepanto (1571) ganada por don Juan de Austria, medio hermano del rey de España Felipe II. Paréntesis: según cierta tradición, una bandera de la virgen de Guadalupe estuvo presente en esa batalla naval contra la flota turca.

Ese universo nos remite al México profundo, indígena, mestizo y criollo, a las danzas de la conquista celebradas en todas partes por cofradías de danzantes que poco o nada tienen que ver con los nuevos danzantes del *New Age*. Ese México no ha olvidado y sigue gozando esa representación de la lucha entre dos pueblos por el honor de sus respectivos señores sobrenaturales; la fascinación del duelo mortal nos alcanza en esa reinterpretación de la conquista como victoria de los propios mexicanos: “Estrella del Oriente que nos dio su santa luz..., nos enseñó el camino de la Cruz”.

La morisma de Zacatecas es un espectáculo que no tiene nada que ver con nuestras diversiones; es una representación donde todos son actores y donde no hay espectadores. Los únicos espectadores posibles son Juan Bautista, el santo patrón, y ... Dios. En eso, la morisma funciona como las representaciones de la Pasión en Semana Santa, como las Judeas del Gran Nayar, de Jesús María a Huejuquilla el Alto, como los autos sacramentales de la España moderna y de la Nueva España, como la Gran Pascua rusa (ortodoxa).

Dura tres días y tres noches, en sesiones de muchas horas que el turista encontraría “interminables”, a la intemperie, y así se logra “un diálogo amoroso entre los habitantes de la tierra y del cielo”. Primero viene el drama evangélico de Juan el Bautista, drama insuperable en su densidad y que por lo mismo ha fascinado a los artistas hasta la fecha: el rey Herodes, la mujer de su hermano, Herodías, la hija de ésta, la Salomé de la danza de los siete velos que provoca la muerte de Juan.

Luego, el poema medieval de los francos (los futuros franceses) de Carlo Magno, cargado de referencias islámicas. Que se me permita un paréntesis: de chico aprendí a leer en la *Iliada* y la *Odisea*, pero también y al mismo tiempo en las canciones de gesta de esa misma Alta Edad Media: Carlo Magno, Roncesvalles y la *Canción de Rolando*, *Aliscans*, *Uón de Burdeos*. Esos personajes cristianos y musulmanes de mi pequeña infancia, los volví a encontrar entre los campesinos mexicanos, veteranos de la Cristiada (otra epopeya como la *Iliada*, otra canción de gesta) que, a través de los siglos, los habían hecho suyos. ¡Qué itinerario más maravilloso! Don Ezequiel (Mendoza Barragán), jefe cristero de la formidable sierra de Coalcomán (Michoacán) me decía que venía preparado a la guerra contra el turco (¡el turco!) Calles, porque de chiquito escuchaba a su mamá contarle la historia de Carlo Magno y los doce pares de Francia; y me decían lo mismo en Tepatitlán (José Plascencia), y en Jalos, y en Santiago Bayacora (Durango), y en San José de Gracia, y en el Estado de Morelos, y en Chalma...

Es una fantástica carambola de los tiempos. Viene luego el tercer episodio, con fecha de 1571, el de la lucha de España contra sus moros (Granada y la Sierra Morena) y contra los turcos: la batalla de Lepanto. En ese encuentro soberbio, donde Juan el Precursor no deja nunca de ser presente (se pelean sus reliquias, su tumba en los episodios se-

gundo y tercero), aparecen elementos del siglo XIX mexicano, los uniformes vistosos de los zuavos (traje de origen turco) y de los zapadores de la intervención francesa (1861-1867) en México.

Eso lo había oído en la danza de la conquista celebrada año tras año en Santa Ana Tepetitlán, cerca de Zapopan, Jalisco. En medio de la lucha entre Cortés y Moctezuma, se intercalan de repente las estrofas siguientes:

Es tremendo el batallar
confuso rumor se escucha
los dos empeñan la lucha
los dos queriendo triunfar.
Aquél sueña conquistar
y éste defiende un derecho
y la espada rompe el pecho
y la muerte hace sorpresa
y cual el águila francesa
queda en orgullo maltrecha.

Tres veces los aguerridos
veteranos de la Francia
dan prueba de su arrogancia;
pero tres veces vencidos
maltrechos y desunidos
a las llanuras se alejan
ésos que a su ley no cejan
de su fama los laureles
collado por los corceles
a los mexicanos dejan

Se mezclan todos los tiempos históricos desde el año 30 después de Cristo hasta el 5 de mayo de 1862, pasando por el 800 carolingio y 1571. De esta manera el Bautista y el rey malo Herodes, el emperador de la barba florida y el rey Felipe II, su medio hermano el glorioso don Juan, el sultán turco, el corsario berberisco, el terrible Barbarroja (Kareddin) han prestado sus figuras históricas y míticas para que los habitantes de este escondido corazón de México hagan suya una memoria milenaria que consolida su integración en la gran familia de los pueblos iberoamericanos. Así, los siete mil miembros de un inmenso ejército, acompañados por sus tres mil ayudantes y parientes, sólo divididos por los atuendos y los estandartes, fortalecen su unión en el fervor y la alegría. Sepan todos que el último día, los dos ejércitos desfilan hermanados por el centro de la ciudad de Zacatecas, la mañana del domingo, antes del combate final. El año pasado ese desfile culminó con la celebración eucarística en la plaza de armas, donde un rabino y un piadoso musulmán se unieron al celebrante para orar por la concordia.

¿Cómo se da ese milagro de belleza y de emoción? Gracias a la cofradía, esa institución que permitió al barroco y a la religión popular cristiana resistir a los embates de todos sus enemigos, primero a la ofensiva de la Iglesia del Siglo de las Luces, luego a la del liberalismo del siglo XIX, luego al furioso anticatolicismo de algunos líderes revo-

Se mezclan todos los tiempos históricos desde el año 30 después de Cristo hasta el 5 de mayo de 1862, pasando por el 800 carolingio y 1571. De esta manera el Bautista y el rey malo Herodes, el emperador de la barba florida y el rey Felipe II, su medio hermano el glorioso don Juan, el sultán turco, el corsario berberisco, el terrible Barbarroja (Kareddin) han prestado sus figuras históricas y míticas para que los habitantes de este escondido corazón de México hagan suya una memoria milenaria que consolida su integración en la gran familia de los pueblos iberoamericanos.



En conclusión, la morisma es una fiesta espléndida, nacida del choque y del encuentro, de la adaptación y de la mezcla, es el fruto brillante del mestizaje, una de las aportaciones más originales de este país a los modelos de convivencia humana.

lucionarios y finalmente a la segunda ofensiva católica desatada por el Concilio Vaticano II, mucho mejor inspirado en otros aspectos, pero claramente equivocado en ese intento de acabar con la “superstición”. Las cofradías, desde la Edad Media, forman en el mundo entero una inmensa familia de comunidades: la del Bautista de Zacatecas reúne gente de Zacatecas, Guadalajara, México, Los Ángeles, Chicago, Detroit; está ligada a la Iglesia católica por su organización religiosa y su propósito fundamental: honrar a San Juan, el precursor que bautizó a Nuestro Señor; está ligada a las masas populares del campo y de la ciudad de nuestro país y al amplio universo iberoamericano que comparte esos temas y su representación; finalmente la cultura nacional está presente con las bandas militares y los trajes que evocan más la resistencia contra el invasor francés que la lucha entre moros y cristianos.

En conclusión, la morisma es una fiesta espléndida, nacida del choque y del encuentro, de la adaptación y de la mezcla, es el fruto brillante del mestizaje, una de las aportaciones más originales de este país a los modelos de convivencia humana, que debería proponerse hoy a una humanidad mal unida por la globalización del consumo y amenazada por la fragmentación en odios étnicos al estilo balcánico a etarra (de la ETA). Este pasado inmortalmente presente debería ser nuestro futuro, el de nuestros hijos, de nuestros nietos.

